

siendo en su mayor parte analfabetos? Padres de familia ignorantes y entregados en cuerpo y alma al trabajo para proporcionar á sus hijos un pedazo de pan y un mal vestido, ya que no sean esclavos del vicio y de la ociosidad, ¿cómo han de enseñar á su prole lo que ellos mismos ignoran? ¿Acaso podrá esperarse algo de las pobres madres? ¡Infelices! tan ignorantes como los hombres, muchas de ellas viven en completo alejamiento de las prácticas religiosas y, por consiguiente, en el mayor abandono de sus deberes. Si algo saben y lo enseñan á sus hijos, si algún sentimiento de piedad abrigan en medio de su desventura, ¿qué es eso para lo que el niño necesita saber en punto de religión? Le enseñarán —y no serán muchas las que lo hagan— á rezar las oraciones del cristiano; pero ¿basta rezar de memoria algunas oraciones vocales para saber lo que la religión exige? Si á lo menos esos padres y madres tuviesen el cuidado de colocar á sus hijos en la escuela católica donde la religión ocupa el puesto que le corresponde entre los ramos de enseñanza; si, en defecto de escuela diaria, los enviasen á la escuela dominical ó al catecismo parroquial, donde virtuosos catequistas y celosos pastores de almas los adoctrinasen como saben hacerlo con tanto amor y solicitud paternal; ¡ah! entonces podríamos esperar días mejores para la religión y la moralidad, apoyadas en la base de la instrucción religiosa con que se irían levantando las nuevas generaciones. Pero ¿tenemos, hermanos carísimos, sobrados motivos para fomentar tan dulces esperanzas? ¿No sabéis que sólo á fuerza de constancia y sacrificios se consigue sostener esas escuelas y esas catequesis? ¿No veis cuán corto, relativamente, suele ser el número de niños que concurren á ellas, á pesar de los premios con que se les estimula? ¿Cuándo, pues, pensamos que se disipará la ignorancia general? ¿Cuándo reflorecerá la fe cristiana?

7. Pues no es la ignorancia popular lo más triste y doloroso que hay en el asunto: es la ignorancia religiosa de las

mismas personas instruídas y educadas esmeradamente en colegios y universidades. Hablando francamente, ¿se da ó se recibe en la mayor parte de estos establecimientos la instrucción religiosa que fuera de desear? ¿enseñase allí la religión con el mismo esmero y diligencia con que suelen enseñarse las otras disciplinas? ¿No se la mira acaso con cierto desdén y mal disimulada antipatía? Y ¿de cuántos institutos, aun primarios, no la ha desterrado la moderna legislación anticristiana? ¿Qué extraño, pues, que personas ilustradas en las ciencias y en la literatura se encuentren casi al nivel del ignorante vulgo en materia religiosa? Y ¿éstos tendrán fe? ¿tendrán una fe viva, ó amortiguada y estéril? ¿Cómo andará, pues, la sociedad, cuando á la ignorancia del pueblo hay que sumar la ignorancia de las clases elevadas? «¡Ah! cuánto tenemos que lamentar en el punto», exclama un docto escritor¹. «¡Parece increíble el estado de abandono á que hemos llegado, aun en personas por otra parte ilustradas! Y lo más triste del caso es que muchos no sabiendo, ni queriéndose instruir, repiten las impiedades y aun las blasfemias que diariamente leen en ciertos periódicos descreídos, y tienen como prurito de disputar sobre religión, ¡cual si fuesen Jerónimos ó Agustinos!» ¿Qué sucederá, pues, si á la ignorancia de la religión se añade la falsa ciencia, esto es, el conocimiento de los falsos dogmas ó argumentos con que se ataca el día de hoy la verdad religiosa en multitud de librejos envenenadores de las almas? Si con tales lecturas, severamente prohibidas por la Iglesia, no se llega, por una especie de milagro, hasta la pérdida completa de la fe, naturalmente ésta se amortiguará, quedando apenas un fondo vago de creencias religiosas, que equivale á no tener la fe católica, genuina y verdadera. Y este peligro no es sólo de las malas lecturas; lo es también de las conver-

¹ *Ojea y Márquez*, El Reinado de Jesucristo, P. 3ª.

saciones con librepensadores, del trato y roce con los sectarios y propagandistas de la impiedad que no faltan en ninguna parte y que tanto daño causan, mayormente en el pueblo, con sus discursos impregnados de odio á la religión y sus ministros.

Paréceme, amados oyentes, que con sólo la ignorancia religiosa, de que tantos cristianos adolecen, se explicaría suficientemente la decadencia de la fe que lamentamos. Pero os he indicado otra causa no menos eficaz para producir este efecto, y es la corrupción del corazón. Veamos cuán derechamente conduce al hombre al abismo de la incredulidad.

II.

8. La experiencia podría servirnos de argumento, mediante una sencilla reflexión. Si por desgracia —harto común en nuestros días —hemos tropezado con uno ó más incrédulos ó descreídos, ¿no nos ha dado en rostro la libertad de sus costumbres? Raro es el fenómeno de un hombre sin fe, despreocupado, como hoy se dice, cuya vida no esté manchada con toda clase de desórdenes y vicios. No faltará quien los oculte bajo la máscara de cierta honradez ó bondad natural; difícil es, no obstante, que no se dejen traslucir al exterior las deformidades del corazón. Ya decía el profeta David: «Dijo el insensato en su interior: No hay Dios. Corrompidos están, se han hecho abominables en sus deseos: no hay uno solo que obre bien. Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas fraguaban engaños; veneno de áspides esconden sus labios.»¹ La razón es fácil de comprender. Desconociendo á Dios, destruyéndolo en su negación, ¿qué ley moral podrá imponerles preceptos de virtud? ¿qué freno reprimirá sus desbordadas pasiones? Mas no sólo la incredulidad es causa de la corrupción del

¹ Ps. 13, 1 et seqq.

corazón, sino que, á la inversa, también de la corrupción nace la incredulidad. Son causas y efectos recíprocamente. ¿Quién no ha observado á jóvenes virtuosos llenos de fe, piedad y devoción, irse resfriando poco á poco hasta parar en descreídos, como tantos otros de su edad y condición, y esto á medida que se iban relajando sus costumbres con el trato contagioso de gentes de vida libre y disipada? «No permanecerá mi espíritu en el hombre carnal»¹, ha dicho Dios; y la fe, soplo del Espíritu Santo, no puede florecer en un alma corrompida. Es un hecho que una vida licenciosa lleva al hombre hasta el endurecimiento y la impenitencia final; pero ¿sería posible llegar á este extremo si no se hubiese oscurecido y apagado el último rayo de fe? ¿Cree el desgraciado suicida que por sus mismas manos, más cruel que las fieras, como dice San Agustín, corta el hilo de su existencia? ¿Cree el que, al borde del sepulcro, rechaza los auxilios caritativos de la Iglesia, y muere impenitente? Esa frialdad horrible, esa estúpida impavidez con que se ve á ciertos pecadores escandalosos aguardar la hora suprema y bajar al sepulcro, efecto es de una incredulidad consumada, radical, á que los ha conducido una vida de libertinaje sin freno. Y aunque en muchas almas no arranque de raíz la fe, ¿quién duda que la vida relajada ha de reducir aquélla á un estado de inacción y sopor muy semejante á la muerte? ¿Cómo ha de vivir la fe, planta divina, sin el riego de los sacramentos, sin el calor de las obras de piedad? y éstas ¿cómo han de practicarse cuando el corazón está encenagado en el vicio y contento con su apartamiento de Dios? Por eso dijo San Pablo: «Rechazando la buena conciencia naufragaron en la fe.»²

9. Ahondando más en la naturaleza de las cosas, se ve claramente la oposición diametral que hay entre la fe y la corrupción del corazón. Aquélla es luz, ésta es tinieblas.

¹ Gen. 6, 3.

² 1 Tim. 1, 19.

«Entonces erais tinieblas vosotros», decía el Apóstol á los paganos convertidos al cristianismo; mas ahora sois luz en el Señor.»¹ «¿Qué conciliación puede darse entre la luz y las tinieblas?»² La corrupción es muerte, la fe es vida resplandeciente, sobrenatural: ¿cómo puede hallarse la vida en el seno de la muerte? La fe rechaza con violencia todos los desórdenes de la sensualidad: *Abiciamus opera tenebrarum . . .*³, clamaba el Apóstol; luego el que tiene siquiera una centella de fe, lleva dentro de sí un continuo y severo censor de sus desórdenes, que el pecador tratará de acallar matando la fe en su corazón. Por otra parte el vicio, la voluptuosidad y la codicia, concentrando toda la actividad del hombre en las cosas materiales que halagan los sentidos, desvía totalmente la atención de las cosas sobrenaturales y divinas. ¿Cómo ha de pensar en Dios ni en el alma, el espíritu embrutecido, materializado por las pasiones carnales, mayormente por la embriaguez y la lujuria? Por consiguiente, ¿cómo ha de creer el que no sabe más que sentir? Ya lo dijo el Espíritu Santo: «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios.»⁴ Y ¡bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!⁵ Lo verán aquí por la fe, en el cielo por la visión beatífica.

10. De la corrupción del corazón nace aquella aversión más ó menos marcada que se advierte en los pecadores hacia las cosas y personas eclesiásticas, por cuanto éstas les ponen delante lo que á ellos les da en rostro, lo que quisieran poder olvidar eternamente, los objetos de la fe. ¡Á qué estado tan miserable llegan estos pobres esclavos del pecado, que vuelven la espalda al mismo Dios! El gran rey Salomón, el sabio por antonomasia, ¿no cayó en el abismo de la idolatría, no apartó su corazón de Dios

¹ Ephes. 5, 8.² 2 Cor. 6, 14.³ Rom. 13, 12.⁴ 1 Cor. 2, 14.⁵ Matth. 5, 28.

por haberse dejado corromper por los placeres?¹ De allí resulta el alejarse de todos los caminos de la salvación, el no valerse de ninguno de aquellos medios que pudieran hacerles reavivar la fe, supuesto que no la hayan perdido enteramente, como ellos aseguran llamándose católicos á boca llena. Esos medios serían la oración, la palabra de Dios, el trato con personas piadosas, la fuga de ocasiones y malos consejeros, etc. Ciertamente, sin oración no es posible alcanzar la gracia de creer ó de recobrar la fe perdida. «Tus oraciones y tus limosnas», dijo el ángel á Cornelio el Centurión, «subieron á la presencia de Dios»²: éstos fueron los medios que le valieron la fe. Los apóstoles, comprendiendo que la tenían imperfecta, pedían al Señor que se la aumentara³; y aquel pobre padre de familia del Evangelio exclamaba: «Sí, creo, Señor; pero ayuda mi incredulidad»⁴, suple la fe que me falta para alcanzar lo que pido. Y ¿qué oración más aceptable ante el Dios de las misericordias que la prescrita por el Vicario de Jesucristo para ganar las gracias de este santo Jubileo? Y si la palabra de Dios es necesaria para creer, como instrumento adaptado expresamente para este fin, según aquello del Apóstol: *Fides ex auditu*—«La fe proviene del oído»⁵; ¿qué medios más eficaces que estos santos Ejercicios para despertar la fe adormecida y casi muerta, no sólo en los individuos, sino en los pueblos enteros? Aquí, en la congregación de los fieles más fervorosos, aquí adonde no se dignan concurrir los impíos y desdeñosos librepensadores, encontraría el pecador deseoso de reanimar su fe, la compañía que necesita, lejos de esos centros de perdición donde no se recogen sino frutos de corrupción é incredulidad. Pero ¿creéis, hermanos carísimos, que sabrán aprovecharse de estos medios aquellos que se obstinan en permanecer

¹ 3 Reg. 11, 3.² Act. 10, 4.³ Luc. 17, 5.⁴ Marc. 9, 23.⁵ Rom. 10, 17.

esclavos de sus viles pasiones, aquellos que rehusan positivamente arrepentirse de sus culpas, porque están bien hallados con las cadenas que arrastran? ¡Ah! ¡cuán dignos son de lástima esos hijos ingratos de la Iglesia que desoyen y desprecian la voz de su madre que los llama á penitencia, abriéndoles, en nombre de Dios, las puertas del perdón! Sepan, pues, los que tal hacen que de nada les servirá esa fe muerta y desnuda de buenas obras, de que neciamente se jactan. «¿De qué le aprovechará, hermanos míos», os diré con el apóstol Santiago, «á alguno, que diga que tiene fe, pero que carezca de obras? ¿Por ventura la fe *sola* podrá salvarle?»¹ Será excluído del festín de las bodas celestiales como las vírgenes fatuas, las cuales á pesar de tener fe en el Esposo, por faltarles el óleo de la caridad, fueron desconocidas por Cristo, quedando fuera del banquete, abrumadas con aquella voz de trueno: *Nescio vos*— «No os conozco.»²

II. Más aún, diré para concluir. Esa poca y estéril fe de que se glorían muchos pecadores, fincando en ella toda la esperanza de su salvación, les será también arrancada por justo castigo del Señor, de suerte que no crean más que los ciegos paganos, ni tengan más motivos de esperar que los que nunca creyeron. Así nos lo da á entender el mismo Salvador cuando amenaza á los judíos que no oyeron la palabra, con despojarlos del reino de Dios, esto es, de la fe y la religión: *Auferetur a vobis regnum Dei*³, «No digamos», dice un orador sagrado, «que esta amenaza es sólo para el pueblo hebreo; también es para nosotros. . . . Escarmentemos con el ejemplo de otros pueblos, antes creyentes y hoy envueltos en las tinieblas de la idolatría. . . . Temblemos, pues, no sea que por nuestra poca correspondencia á la gracia, se ausente la verdad de este suelo privilegiado. . . .»⁴ No acontecerá tal desgracia, carísimos

¹ Iac. 2, 14.² Matth. 25, 12.³ Ibid. 21, 43.⁴ Martínez y Sáez, Sermones t. 1.

oyentes, si, aprovechándonos del presente Jubileo, tratamos seriamente de instruirnos en la religión que profesamos y de purificar nuestras almas con las aguas saludables de la penitencia. Es gracia que á todos os deseo.

SEGUNDO SERMÓN.

El reinado de las tres concupiscencias en el hombre.

Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.
1 Io. 2, 16.

I. ¿De dónde nace, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, esa corrupción del corazón que, según hemos visto, es la causa principal del amortiguamiento y aun de la extinción de la fe en los hombres y en las sociedades? No siendo esa corrupción otra cosa que el desorden de nuestros afectos, el envenenamiento del corazón, el falso amor del bien aparente con desprecio del Bien sumo y verdadero, ese estado morboso del alma proviene del imperio que sobre ella adquieren las pasiones dominantes que el Apóstol de la caridad ha designado con los nombres de concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Ellas forman todo lo que hay y se agita en el mundo; y el hombre, forzado á vivir en medio del torbellino de las cosas mundanales, difícilmente se sustrae á la seducción que sobre él ejercen los bienes sensibles que ora halagan sus sentidos, ora deslumbran sus ojos, ora levantan humaredas de orgullo en su corazón. ¡Pobre condición humana! Degradado en su naturaleza, no tiene ya el hombre la energía necesaria para reprimir sus instintos bestiales; y seducido por el falso brillo de las riquezas, embriagado por la dulzura del placer, arrebatado por el aura de la vanidad, viene á ser esclavo y víctima de esas terribles concupiscencias que